



Cuento estratégico 12.1

Capítulo 12: Sobre la formación de alianzas

¿Y si llevamos juntos los rebaños?

Marta Toral Heredia
Juan Uña García
Universidad de León

Como dice el refrán, "año de nieves, año de bienes". El invierno de 1974 había sido de nieves. Tantas que, ya en abril, las montañas leonesas que rodeaban Prioro, gozaban de unos pastos tan abundantes y espesos como para que los rebaños de ovejas del pueblo pudieran alimentarse hasta octubre.

Así, cada día desde primera hora de la mañana, los rebaños de Gaspar, Aurelio, Benito y Argimiro salían a pastar hasta que regresaban a casa al atardecer. Era primavera y las primeras parideras empezaban a dar su fruto, consiguiendo criar los corderos que venderían en la fiesta de junio, y pagar así los pastos a final de verano. Sin embargo, en un entorno idílico, rodeado de naturaleza y donde se respira aire fresco, no todo era tan sencillo. La lucha por que los rebaños comieran los mejores pastos era constante y los pastores siempre estaban con disputas para quitarse los terrenos unos a otros.

Argimiro era un tipo avaricioso y, aunque acababa de llegar al pueblo, quería el mayor y el mejor terreno para sus cabezas. Aurelio, por el contrario, no era avaricioso, pero sí un paisano respetado. Que un forastero recién instalado como Argimiro tratara de imponer sus normas le hacía sentir que su honor y respeto desaparecían, por lo que nunca cedía en las disputas.

Benito, por su parte, siempre cedía con tal de no discutir con nadie hasta el punto de que prefería a veces echar grano del silo, después de venir de pastar, antes que tener cualquier conflicto para que su ganado comiera el mejor pasto. Por último, nos falta Gaspar, ¡ay Gaspar! Le gustaba mucho la cama y muchos días sus ganados no salían porque se quedaba dormido y luego se le echaba la tarde encima jugando la partida.

Uno de esos días del mes de abril, Argimiro madrugó para ir a las eras de Teso Redondo, pues allí hay un manantial donde las ovejas pueden beber agua fresca. Además, ese año tenía una hierba espectacular, rica y nutritiva, perfecta para que las madres pudieran sacar adelante a sus corderos. Aurelio tuvo el mismo plan. Al

Llegar al camino Rompealforjas, los dos ganados se encontraron y, entre voces, gritos y aspavientos, se pelearon hasta que un joven que pasaba por allí los consiguió separar.

Aurelio, para evitar males mayores, cedió por una vez y se fue al prado El Picu. Era un lugar apartado y estaba seguro de que sus ovejas pastarían toda la mañana sin encontrarse con nadie. Hacia el mediodía vio cómo sus ovejas se empezaron a juntar rápidamente y los dos Border Collie que tenía, el Paco y la Nena, se alteraron. Fue entonces cuando vio al lobo. El animal, con aspecto de ser el más viejo y astuto de la manada, se paseaba por la linde para que los perros le observasen, parecía que les provocaba. Y lo consiguió. Paco y Nena fueron hacia él y le siguieron hasta que Aurelio les perdió de vista. Justo en ese instante, cuando se había quedado sin protección, vio la manada de jóvenes lobos que bajaban por la colina. Cuando se fueron, habían terminado con cuatro corderos recién nacidos y una madre preñada de dos.

Como es habitual en primavera, el tiempo cambió de repente y la tormenta se echó encima. Aurelio esperó hasta que el Paco y la Nena volvieron exhaustos sin ninguna recompensa. El ganado, los perros y el pastor llegaron a casa de noche, en medio de una tormenta primaveral, con un lluvia tan abundante que casi no se veía el camino. Los animales estaban alterados y nerviosos. Tras darles de comer, Aurelio volvió a casa a cenar empapado y con una cara de disgusto que lo decía todo.

—¿Qué ha pasado, Aurelio? —preguntó su mujer, Mercedes.

—Otro ataque de los lobos. Cuatro corderos y una madre preñada esta vez—dijo el pastor cabizbajo.

— ¿Otro ataque? Llevamos seis en lo que va de año, nuestro futuro se lo están llevando los malditos lobos, ino podemos seguir así! —gritó Mercedes enfurecida.

— ¿Qué quieres que haga? Dime, ¿qué narices quieres que haga, Mercedes? Los perros no son capaces de proteger a todo el rebaño y yo no consigo asustarlos. No puedo más, si esto sigue así tendré que vender el rebaño e ir a la mina —y de un portazo se fue a dormir a la habitación sin cruzar una palabra más.

Amaneció en Prioro la mañana siguiente y Aurelio no pudo levantarse de la cama. La mojadura del día anterior fue tal que hizo que la fiebre le subiera a casi 40 grados. Cuando Mercedes acabó de atenderle, decidió coger la comida y los perros y sacar a sus ovejas a pastar. Eran las diez de la mañana y en el valle de Osilga vio otro rebaño comiendo bajo la sombra de los robles milenarios. Era el de Gaspar. Después de siete días, sus ovejas veían la luz. Mercedes decidió ir a visitarlo pero, justo cuando bajaba por el camino, vio al rebaño de Argimiro que iba en la misma dirección.

—Ni se te ocurra bajar al valle, ese valle es mío y no es ni tuyo ni del vago que está ahí tumbado —gritó Argimiro con voz amenazante.

—Este pasto es de todos y conmigo no vas a poder, como con mi marido. Si no quieres que esté aquí, me tendrás que echar por la fuerza —aclaró Mercedes con una voz firme y seria.

Argimiro se quedó sorprendido ante la reacción de la mujer y, con cara de engreído, decidió cederla el paso y bajar juntos al prado con Gaspar. Cuando los tres estaban almorzando, escucharon una voz en la ladera del oeste. Era Benito pidiendo auxilio. Cuando los tres pastores llegaron a su encuentro, los lobos ya se habían ido. Benito, llorando, no entendía cómo en cuestión de dos semanas había desaparecido la mitad de su rebaño.

—Benito, si te sirve de consuelo, llevo 25 cabezas perdidas en lo que va de mes —dijo Argimiro con una voz compasiva impropia de él.

—¿Solo? Mira que yo salgo poco, pero cuando salgo siempre me atacan y pierdo alguna oveja— argumentó Gaspar.

—Pero, ¿y los perros no son capaces de proteger el rebaño? —preguntó Mercedes con voz de asombro. Los tres pastores se echaron a reír tomándola por ignorante.

—Mercedes, ni tres mastines de gran tamaño son capaces de proteger el rebaño —dijo con tono de desesperación Benito.

—¿Y con doce? —preguntó Mercedes.

—Para alimentar a doce mastines tienes que vender todo el ganado, no merece la pena —contestó triste Gaspar.

—No estoy diciendo que cada uno tenga doce mastines. Lógicamente sería imposible alimentarlos. Pero sí propongo comprar cada uno tres mastines y salir con nuestros rebaños juntos. Que todas nuestras ovejas coman en los mismos prados y que nuestros perros las protejan. Cada uno nos pondremos en una esquina y será mucho más difícil que los lobos nos ataquen. Y, si aun así se acercan, serán ellos los que marchen con el rabo entre las piernas —dijo Mercedes con voz convincente.

—Me parece una idea muy buena, así también nuestras ovejas comerán siempre de la misma hierba y no habrá disputas —intervino Benito.

—Tendré que madrugar y espabilarme, pero yo creo que así nos comerán menos ovejas —dijo Gaspar con voz de pereza. Argimiro, desconfiado por naturaleza, contestó:

—Mi ganado tiene que comer de la mejor hierba y el vuestro no.



—Pues allá te quedas, tus ovejas comerán la mejor hierba, pero cada vez serán menos las cabezas que regresen a casa —le contestó irónica Mercedes.

Benito y Gaspar apoyaron a Mercedes y entre ambos consiguieron convencer a Argimiro. Quedaron el jueves a las nueve de la mañana en la plaza. Ese día, puntuales a su cita, los cuatro rebaños se juntaron en uno solo y, acompañados de doce mastines recién comprados y los Border Collie que ya tenían, salieron con expectación hacia las Eras de la Vega.

El día había transcurrido tranquilo hasta que, sobre las cuatro de la tarde, cuando el sol empezaba a lucir con menor intensidad, la astucia de Benito y la experiencia de Argimiro, les alertó de que los lobos estaban cerca. Se pusieron en guardia. Como en otras ocasiones, el macho alfa apareció con intención de llevarse a los perros pastores. Solo dos de los Border Collie de Gaspar le siguieron.

Pasados unos minutos, la manada de jóvenes lobos bajó a atacar al rebaño, pero se encontraron con los mastines. Los lobos intentaron amedrentarlos pero, ante la mordida en la parte trasera que uno de los mastines de Benito le propició a uno de ellos, se fueron corriendo y decidieron dar por terminado el ataque.

Las ovejas estaban nerviosas, pero ninguna había sufrido ningún daño. Los dos perros de Gaspar regresaron y solo bastó con un cruce de miradas y sonrisas entre los cuatro pastores para saber que, a partir de ese día, los rebaños saldrían juntos y volverían juntos. Las disputas se convirtieron en amistad y pronto decidieron aumentar el rebaño conjuntamente y construir nuevas naves hasta que, al cabo de unos pocos años, eran dueños del rebaño de ovejas más grande de la montaña leonesa.

Fecha del cuento: Abril de 2023

